

# DE LA CURIA GENERAL

## Momento de Meditación: el Voto de Castidad

*“Oh, Señores, pidámosle a Dios insistentemente que nos conceda esta virtud de la pureza. Si la poseemos, atraeremos hacia nosotros muchas otras, pero si no la poseemos estamos perdidos, la Misión está perdida”.*

San Vicente de Paúl

Cuando hablaba en sus conferencias sobre el voto de castidad, San Vicente parecía preferir la palabra “pureza”. En la cita de San Vicente mencionada al inicio, encontramos el corazón de su enseñanza sobre este tema. El santo se refiere a la pureza como una virtud tan básica e importante que si la conseguimos, por gracia de Dios, también nos atraerá otras virtudes.

Para Tomás de Aquino amar es “desear el bien del otro”. Esto requiere negarnos a nosotros mismos. Cuando deseamos de corazón una relación casta, no hay espacio para el ego, cuando habitualmente ‘deseamos el bien del otro’ aprendemos a amar de como Jesús enseñó. Sin embargo, en el momento en que el otro se transforma en un medio potencial para mi propia satisfacción, la corrupción entra a formar parte de la ecuación.

Jesús enseñaba a sus discípulos a escoger el último lugar. Esta no es una elección fácil en el mundo del “yo, primero”. Pero cuando esta elección se hace habitual, la virtud de la pureza crece en nosotros casi sin notarla, pero ciertamente por la gracia de Dios. La elección viene a ser parte integral de la vida, de modo que actuar de otra forma, llega a ser una opción extraña e inaceptable.

Esta fue la elección que San Vicente vio como necesaria para sus cohermanos y para su misión; si sus seguidores querían crecer en esta virtud de la pureza, tenían que aprender a “elegir” una vida casta en sus relaciones por medio de la práctica y la repetición. En el centro, está la elección del amor. Nuestras Constituciones enmarcan el voto de castidad en el contexto de una vida de oración comprometida (tanto en lo personal como en lo comunitario), un apostolado definido y una comunidad local, junto al deseo de crecer en autodisciplina e integridad:

“La íntima unión con Cristo, la comunión verdaderamente fraterna, la afanosa labor en el apostolado y la ascética aprobada por la experiencia de la Iglesia, harán vigorosa nuestra castidad. Ella es, además, por la continua y madura respuesta a la vocación divina, fuente de espiritual fecundidad en el mundo y contribuye, en gran manera a conseguir la realización plena, incluso humana” (Const. No. 30).

Muchos podrán definir la castidad para un célibe, a través de la emisión de los votos, en términos de una simple abstinencia sexual; sin embargo, esta definición falla tanto en la manera como comprende la virtud que San Vicente recomienda, como en la forma en que el amor es definido por Santo Tomás. Nuestras relaciones dejan de ser castas en el momento en que otros llegan a ser un objeto o un medio para nuestros fines. Tal vez sea más obvio que ver al otro como un medio potencial para adquirir posición o poder. ¡Qué fácil es hacerse amigo del rico cuando hay una posibilidad de disfrutar de buenas cosas por medio de ellos! ¡Qué fácil es estar cerca de gente poderosa para que nos vean también como poderosos!

Poco después de haber sido nombrado como párroco, tenía que agrandar la oficina para los colaboradores de la parroquia. Uno de los primeros puntos a ejecutar era el que la oficina tuviera una ventana de vidrio en la puerta. Esto aseguraba que mientras las conversaciones allí dentro se reservaban como privadas, eran, al mismo tiempo, visibles para quienes transitaban por el pasillo.

La instalación de vidrios en las puertas de las oficinas fue uno de los tantos cambios realizados debido a los escándalos de mala conducta del clero. De hecho, casi todos los lugares donde el sacerdote podía reunirse en privado, pasaron por algún rediseño, incluyendo el confesionario. Estos cambios recuerdan aquella antigua norma vicenciana que, cuando un cohermano se reúne con una mujer, la puerta debe permanecer abierta. Por un tiempo, muchos vieron esta norma como anacrónica; sin embargo, los escándalos recientes del clero nos ayudan a ver la sabiduría de esta precaución.

La finalidad de estas prácticas sencillas en sí mismas, no necesariamente detendrán la mala conducta o promoverán una vida casta. Por el contrario, solo ayudan a defendernos como ministros de acusaciones potencialmente falsas, pero nos recuerdan que otros pueden ver nuestras acciones como ministros. Por el bien de la misión, nuestras relaciones con los demás necesitan ser puras y transparentes a los ojos de otros, ya que éstos son los ojos de nuestro Salvador.

La transparencia también es un valor clave en la administración financiera de los apostolados, las comunidades locales y las provincias. La práctica empresarial consistente en tener nuestras cuentas y asuntos económicos auditados por compañías acreditadas, presta la

misma función del vidrio claro en la puerta de las oficinas pastorales. Una auditoría sirve para llamar a los responsables a utilizar buenas prácticas financieras y asegura a otros que las cifras en el papel y aquellos que las prepararon son creíbles. Así, la transparencia en nuestras relaciones brinda seguridades similares.

La transparencia de nuestras relaciones es básica en la práctica de la virtud de la pureza. Uno adquiere la virtud de la pureza, tal como cualquier otra virtud, sólo eligiendo un comportamiento particular hasta que éste se hace algo habitual y se hace parte de nuestro propio ser. El vidrio en la puerta, en sí mismo, no garantiza la virtud, sólo es una ayuda para recordarnos las elecciones que hemos hecho en lo que se refiere a nuestras relaciones.

A manera de ejemplo, el Papa Francisco hizo algunas elecciones memorables después de su accesión al papado. Prefirió tomar el bus de regreso a Casa Santa Marta en lugar de trasladarse en la limosina papal, prefirió vivir en un apartamento sencillo de dos cuartos en lugar del palacio papal, algunos podrían ver esto como una elección calculada para beneficio de la opinión pública, sin embargo, aquéllos que conocían a Jorge Bergoglio también sabían qué tan consistente eran estas elecciones, teniendo en cuenta otras tantas que había hecho durante su vida antes de su misión actual. Para él eran elecciones naturales.

Uno puede ver esta modalidad de elección claramente cuando Juan Pablo II nombró cardenal a Bergoglio, éste llegó a Roma solo, recibió el birrete cardenalicio sin fanfarria, delegaciones o celebración, casi a manera penitencial; incluso sus vestimentas rojas eran de segunda mano, pertenecían a su predecesor. Así que para tomar el bus no necesitó mayor deliberación, la elección era natural para él, ya lo había hecho algo habitual. De la misma manera, nuestra elección habitual debe ser la transparencia en las relaciones para no levantar sospechas en otros y permanecer por encima de todo reproche.

Si la práctica de la transparencia en nuestras relaciones hace nuestra vida visible para otros, entonces la práctica de la mortificación pone límites a nuestros sentidos. Ambas prácticas ayudan a ser virtuosos en nuestra vivencia de la castidad. La mortificación fue una de las virtudes que San Vicente esperaba que estuviera presente en las comunidades que él fundó. Dijo que “La mortificación de los apetitos es el A; B; C de la vida espiritual. Cualquiera que no se sepa controlar en esto, difícilmente será capaz de conquistar las tentaciones más difíciles de controlar”. Esta disciplina de nuestras elecciones en relación con la castidad necesariamente comenzará con nuestros ojos.

San Alfonso María de Ligorio decía que “El demonio primero nos tienta a ver, luego a desear y después a consentir”. En esta era del Internet, la pornografía es una industria multimillonaria. Hoy se puede tener acceso a imágenes pornográficas simplemente “clickeando”

en casi cualquier aparato electrónico; un gran número de personas se han vuelto adictas a este material, en este sentido, la mayoría de los confesores conocen el daño que esto ha causado en las relaciones de cristianos atrapados allí. Así que, el primer sentido que se hace necesario disciplinar es el de la vista. Lo que elegimos ver, debe ayudarnos a lograr la virtud de la pureza. Esta es la práctica antigua que los escritores espirituales solían llamar modestia o “custodia de los ojos”.

Por lo tanto, practiquemos el voto de castidad de tal forma que la virtud de la pureza, a la que exhorta San Vicente, crezca en nosotros. Que nuestro amor por el otro sea sin mancha de intereses egoístas. Amando al otro de esta manera virtuosa, con la gracia de Dios, otras virtudes ciertamente seguirán tal como San Vicente indicaba. Y lo más importante, el trabajo en nuestra misión de evangelización será más eficaz.

Traducción por JOSÉ PÍO JIMÉNEZ OLMOS, C.M.